

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XXXVII. Madrid, 28 de Febrero de 1878.  NÚM. 8.º

1.—Vestido de raso y terciopelo.

2.—Vestido de raso color de rosa y crespon.

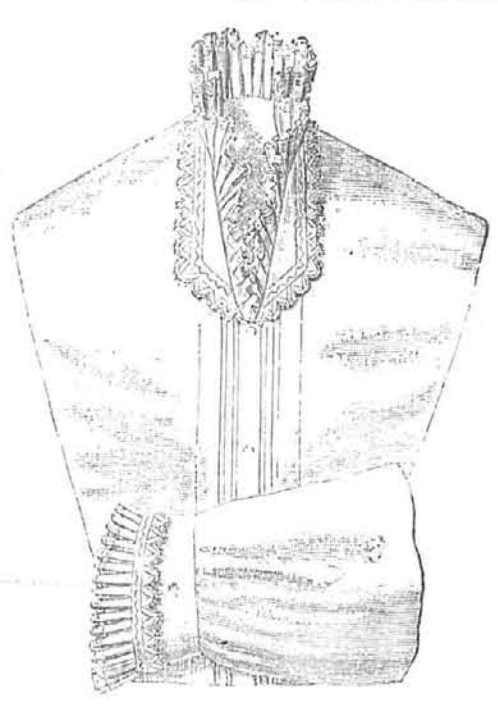
SUMARIO.

4.—Cuello y manga de batista.



3.—Peinador para señoras.

6.—Cenefa de tapicería.



5.—Cuello y manga de muselina.

Vestido de raso y terciopelo.—Núm. 1.

Este vestido, de forma princesa, es de una tela listada de raso y terciopelo negro. El borde inferior del vestido, que es enteramente liso, va rodeado de un tableadito de faya negra, del cual sobresale la *balayeuse*. Bolsillo grande en el costado. Mangas largas y cuello recto.

Vestido de raso color de rosa y crespon. Núm. 2.

Este elegante vestido es de raso color de rosa, cubierto de crespon blanco y guarnecido de encajes blancos. El vestido es de forma princesa. En el borde inferior, un tableado de raso. Lazos de raso entre dos hileras de volantes de encaje blanco. A cada lado, la misma guarnicion sube hasta la cadera. Mangas largas, con una cartera de encaje, fijada con un lazo de color de rosa.

Peinador para señoras. Núm. 3.

Este *peinador, que es de percal* blanco, va adornado con entredoses de encaje de 3 centímetros de ancho, entredoses bordados de 5 centímetros, tableados de batista de 3 y 8 centímetros y encaje de 3 1/2 centímetros. Lazos de cinta azul de 4 1/2 centímetros de ancho y cinta de color de rosa claro del mismo ancho completan los adornos.

Cuello y manga de batista.—Núm. 4.

De batista listada, con una tirita blanca bordada. En el cuello una corbata de lo mismo.

Cuello y manga de muselina.—Núm. 5.

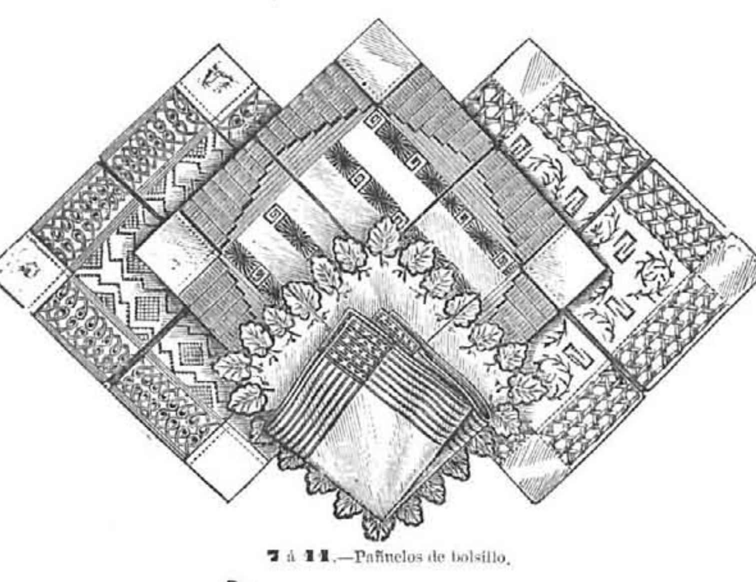
De muselina plegada, con adornos de guipur fina.

Cenefa de tapicería.—Núm. 6.

Se borda esta cenefa sobre cañamazo fino, al punto de cruz, *con hilo de color. El cañamazo va puesto encima de la tela* que se quiere bordar, y terminado el bordado se sacan los hilos del cañamazo.

Pañuelos de bolsillo. Números 7 á 11.

Estos cinco pañuelos, de batista blanca, van bordados con hilos de colores en la forma y disposicion que indican los diferentes dibujos.



7 á 11.—Pañuelos de bolsillo.

Alfiler para lazo, tocado, etc.—Núm. 12.

Este alfiler, en forma de flecha, es de plata dorada.

Cofia de casa para señoras.—Núm. 13.

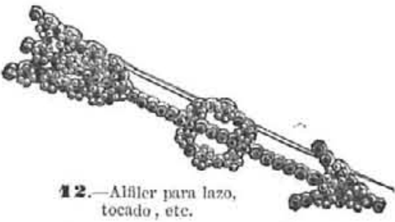
Esta cofia es de muselina y va guarnecida de guipur.

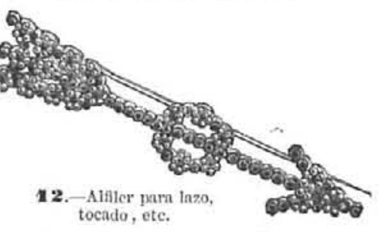
Cofia de casa para señoritas.—Núm. 14.

Modelo enteramente nuevo y de una coquetería exquisita. Sienta bien á todos los peinados. La cofia, de colores y puntos variados, va bordada sobre muselina de seda color de tila, rosa, azul ó blanca.

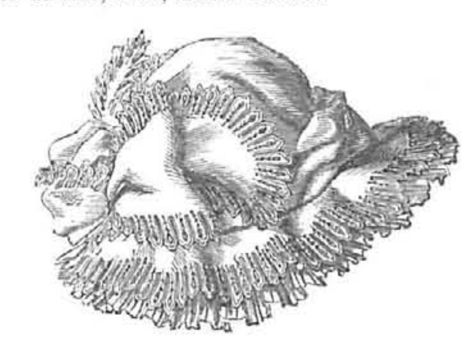


13.—Cofia de casa para señoras.





12.—Alfiler para lazo, tocado, etc.



14.—Cofia de casa para señoritas.

16.—Cenefa para colcha.



15.—Fichú madrás.

Fichú madrás.—Núm. 15.

Se hace este fichú con uno de esos pañuelos de seda de colores procedente de la India, que llevan el nombre de *madrás*. Se le guarnece de guipur de color y rizado de crespon liso.

Dos cenefas para colchas. Núms. 16 y 17.

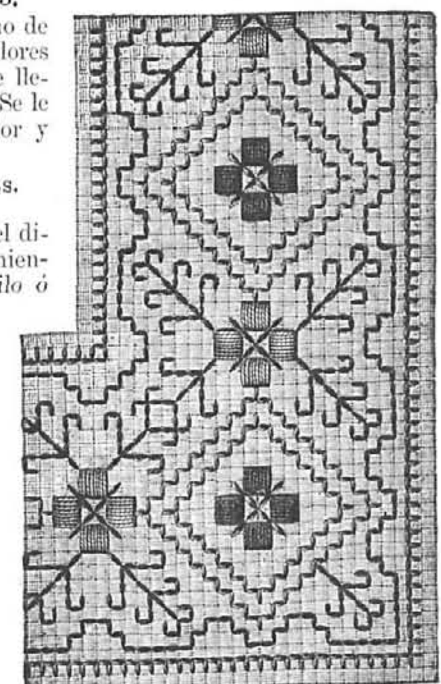
Se bordan estas cenefas, el dibujo 16, de bordado Renacimiento y punto de Viena, *con hilo ó* seda de colores, y el dibujo 17, al pasado doble y bordado Renacimiento.

Vestido de cachemir. Núms. 18 y 19.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. II, figuras 12 á 23 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Matinée de batista. Núms. 20 y 21.

Va guarnecida de entredoses de Valenciennes y forrada de seda color de rosa ó azul, igualando al vestido. Por debajo de los en-



17.—Cenefa para colcha.

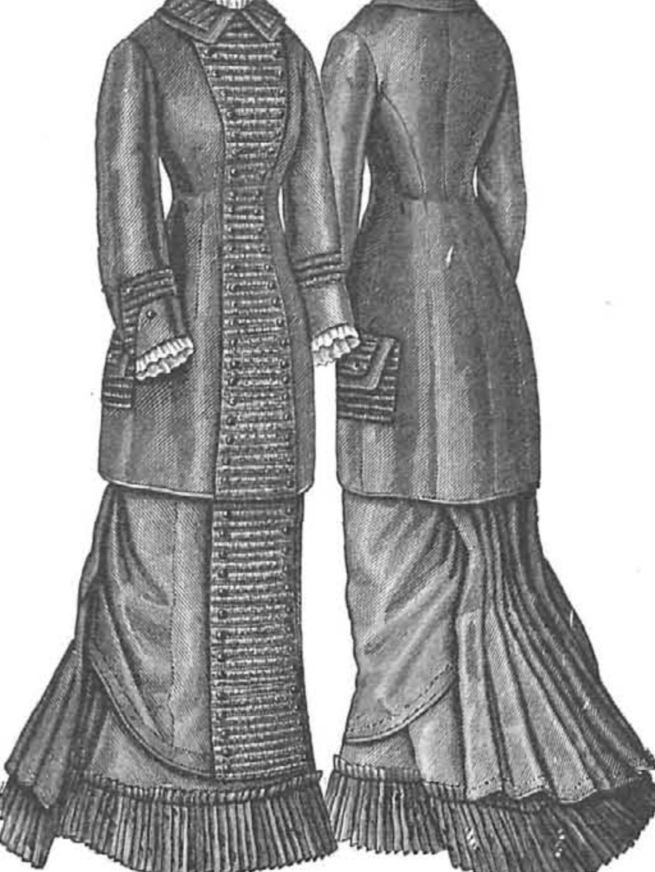
tredoses se recorta la muselina. Cuello plegado Mirabeau. Estos plegados se continúan á todo el rededor y van guarnecidos igualmente de encaje Valenciennes. Mangas semi-largas.

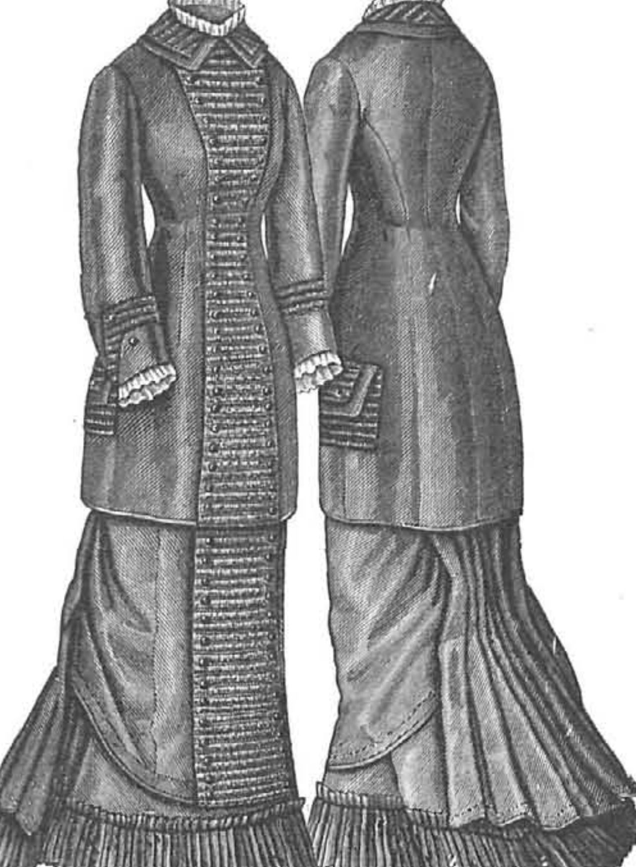
Traje para señoritas.—Núm. 22.

Véase la explicacion en la *Hoja-Suplemento* al presente número.



20.—Matinée de batista. Delantero.

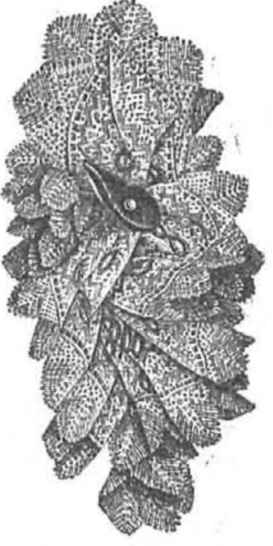




18 y **19.**—Vestido de cachemir. Delantero y espalda. (*Explic. y pat., núm. II, figs.* 12 á 23 *de la* Hoja-Suplemento.)

Cofia de seda y flores.—Núm. 28.

Ala en forma de corona hecha de tul fuerte puesto doble. El borde inferior, que tiene 48 centímetros de largo, va guarnecido de un alambre. El largo del ala, en su borde superior, es de 39 centímetros. Su ancho es de 3 $1/2$ centímetros. Sobre esta corona se fija un fondo redondo del mismo tul. Se cubre todo ello con rizados de una tela de seda azul marino y color de tila. Se guarnece la parte de delante con un rizado de crespon liso blanco de 4 centímetros de ancho, ribeteado de encaje. En medio del fondo se pone una rosa té.



21.—Matinée de batista. Espalda.

Traje de primera comunion.—Núm. 23.

Véase la explicacion en la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Traje para señoritas. Núm. 24.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. III, figuras 24 á 32 de la *Hoja-Suplemento.*

Dos lazos de corbata. Núms. 25 y 26.

Núm. 25. De crespon de la China color de rosa y encaje blanco ancho (aplicacion de Inglaterra). Hojas de terciopelo marron y pajarito exótico.



25.—Lazo de corbata.

Núm. 26. De gasa de seda blanca, mezclada de felpilla color de rosa y aceituna. Encaje de seda color de rosa y aceituna. Brochecitos de metal plateado.

Cofia de seda y blonda. Núm. 27.

Se compone de una tira de seda azul clara de 11 centímetros de ancho, puesta al sesgo y *deshilachada* en cada lado largo para formar un fleco. Blonda blanca de 6 centímetros de ancho. Todo ello va dispuesto sobre un fondo de tul fuerte. Los lazos son de cinta azul marino de 6 centímetros de ancho. Guirnaldas de flores y hierbas.



22.—Traje para señoritas. (*Véase la explic. en la* Hoja-Suplemento.)

23.—Traje de primera comunion. (*Explic. en la* Hoja-Suplemento.)

24.—Traje para señoritas. (*Explic. y pat., núm. III, figs.* 24 á 32 *de la* Hoja-Suplemento.)

Cofia de tul y cintas. Núm. 29.

Ala de tul fuerte, formando semicírculo, cuyos dos extremos van reunidos por medio de una barreta. Sus adornos se componen de rizados de tul de seda y cinta azul claro de 10 centímetros de ancho. Los rizados de tul van salpicados de felpilla azul claro. Ramo de florecillas.

26.—Lazo de corbata.

Cofia para señora mayor. Núm. 30.

Ala en forma de corona de 3 $1/2$ centímetros de ancho por 49 de largo en su borde inferior y 39 en su borde superior, cubierta de tul brochado negro y encaje negro de 4 centímetros de ancho. Lazos de cintas de terciopelo negro de 3 $1/2$ centímetros de ancho.



27.—Cofia de seda y blonda. **28.**—Cofia de seda y flores.



29.—Cofia de tul y cintas. **30.**—Cofia para señora mayor.

Hoja de cuentas *clair de lune*. Ramo de flores encarnadas.

Vestidos y salida de baile.—Núms. 31 á 33.

Núm. 31. *Vestido de tul y crespon de la China y salida de baile, de matelassé.* Falda toda cubierta de bullones de tul blanco. Túnica y corpiño de crespon de la China blanco, con una cenefa bordada de azul. La salida de baile es de *matelassé* de seda fondo blanco con rayitas azules.

Núm. 32. *Vestido de crespon liso.* Este vestido es de crespon liso color de rosa claro. La falda va guarnecida de bandas cruzadas de crespon, adornadas de rizados del mismo crespon, los cuales adornan igualmente el corpiño y el borde inferior de la falda. Esta lleva ademas un tableado de faya color de rosa claro y un bullon de crespon, por encima del rizado. Profusion de rosas encarnadas y lazos de cintas de este color terminan los adornos.

Núm. 33. *Vestido de tarlatana.* Este vestido, á propósito para señoritas, es de tarlatana blanca y va adornado con tableados y bullones de la misma tela y guirnaldas de rosas, en la forma que indica el dibujo.

Dos abanicos para baile.—Núms. 34 y 35.

El abanico representado por el dibujo 34 es de plumas marabouts blancas, y va adornado en el centro con un ramito de flores artificiales y dos mariposas de plumas.

El dibujo 35 representa un abanico de plumas de palomo color gris y el centro forma una mariposa de las mismas plumas verdes y marron.

Paletó largo de dos telas. — Números 36 y 37.

Para la explicacion y patrones véase el núm. I, figs. 1 á 11 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Visita de entretiempo. Números 38 y 39.

Véase la explicacion en la *Hoja-Suplemento.*

Trajes de máscara para señoritas, niñas y niños. Números 40 á 46.

Núm. 40. *Cupido.* Niño de 3 á 5 años. Vestido de muselina blanca plegada, ribeteada de una cinta color de rosa, bajo la cual se pone un volantito guarnecido de encaje. Banda de faya color de rosa. Alas de carton endeble, cubiertas de papel dorado.

Núm. 41. *Traje árabe* para niñas de 12 á 14 años. Falda y chaquetilla de ra-

31.—Vestido de tul y crespon y salida de baile, de matelassé. **32.**—Vestido de baile, de crespon liso. **33.**—Vestido de baile, de tarlatana.



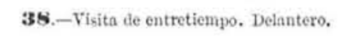
35.—Abanico para baile.





34.—Abanico para baile.





38.—Visita de entretiempo. Delantero.

36 y 37.—Paletó largo de dos telas. Delantero y espalda.
(*Explic. y pat., núm. I, figs.* 1 á 11 *de la* Hoja-Suplemento.)

39.—Visita de entretiempo. Espalda.

40.—Cupido. 41.—Traje árabe. 42.—Traje Edad Media. 43.—Traje romano. 44.—Paje. 45.—Traje Médicis. 46.—Traje del siglo XIV.

40 á 46.—Trajes de máscara para señoritas, niñas y niños.

so azul, con galones de oro y cuentas blancas. Mangas y pantalon de tafetan color de rosa, con adornos iguales. Gorro de raso azul, con borla de oro y pluma blanca.

Núm. 42. *Traje Edad Media*, para jovencitas de 11 á 13 años. Falda y corpiño de raso color de oro, guarnecidos de tiras de cisne. La falda va recogida con una cordonadura color aceituna. Peto del mismo color. Cucurucho color aceituna bordado de lentejuelas y cequíes de oro, y guarnecido con un velo de gasa blanca.

Núm. 43. *Traje romano*, para señorita. Falda, corpiño escotado, corselillo y tocado de faya negra ó azul oscuro, con cintas de raso encarnado. Delantal de muselina blanca, con *aplicacion* de una guirnalda recortada de un pedazo de tafetan ó raso encarnado.

Núm. 44. *Paje*. Niño de 8 á 10 años. Pantalon corto de raso morado. Jubon con faja de lienzo crudo.

Núm. 45. *Traje Médicis*, para señorita ó señora jóven. Este traje es de raso morado. Falda bordada en el delantero con felpilla verde y color de rosa. El bordado va rodeado de dos galones negros adornados con lentejuelas de oro. Segunda falda abierta de raso verde, adornada de los mismos galones. Mangas forradas de seda color de rosa. Bocamangas bullonadas de muselina blanca.

Núm. 46. *Traje del siglo* XIV, para niños de 10 á 12 años. El traje es de raso azul. Banda y mangas ajustadas de seda amarilla.

ENEMIGOS ÍNTIMOS.

Á GENOVEVA.

Cuidado y prevision debe tener la esposa de elegir las personas que en cierto modo penetran ó residen en el hogar doméstico, porque acaso en algunos instantes pueden turbar la paz del matrimonio y el bienestar del pequeño mundo llamado *la familia*.

¿Cuáles son esos enemigos posibles á quienes conviene cerrar la entrada de la casa?

Los malos criados y los malos amigos.

Coloco en primer lugar al sirviente por ser el más temible.

Vive bajo el mismo techo que sus amos, es testigo de sus contentos y de sus disgustos, se apodera de sus secretos y está en condicion de desacreditarlos exagerando sus pequeñas debilidades, ó calumniarlos valiéndose del auxilio de acontecimientos fáciles que presentar al mundo como faltas que empañan el carácter ó el honor.

La mujer prudente es la centinela colocada á la puerta del santuario de la familia cristiana para salvar el buen nombre de ésta é impedir que profane ese templo de las virtudes privadas un individuo de alma impura y de hábitos viciosos.

En la eleccion de criados debe tener la cautela de quien se halla obligada á defender la sociedad doméstica contra los ataques de la perversidad; debe indagar los precedentes de aquellos que van á formar parte de esa sociedad íntima y sagrada; debe adquirir un conocimiento exacto de su moralidad y sus relaciones, de sus costumbres y de sus aspiraciones; rechazar al malo, como á la planta venenosa, que inficionaria la atmósfera de la estancia en que durmiéramos, y aceptar el bueno como un auxiliar para las faenas de la existencia.

Los amos que se inspiran en los sentimientos de rectitud, tratan á sus sirvientes como hermanos, que los inescrutables decretos de la Providencia han colocado en situacion dependiente, y sujetos á las órdenes de otros más dichosos; les hablan con aquella cultura que revela buena educacion; les disimulan las faltas en que no hay intencion dañada; les corrigen con el consejo; les advierten con bondad el peligro de incurrir en el error; les atienden con consideracion que no sea una familiaridad imprudente y expuesta al abuso, y les miran como prójimos, como hijos de Dios cual nosotros somos, carne de la misma carne, sangre de la misma sangre y hombres de la misma familia, que Jesucristo vino á redimir.

Mas no por eso deposites en el criado tus secretos, ni tus penas, ni tus desengaños, ni tus esperanzas.

Sé cauta, vuelvo á decirte;—toda tu prevision, toda [tu perspicacia no serán suficientes para conocer si es merecedor de tus confianzas, ó si mañana, variando de conducta, abusará de tus imprudentes desahogos.

Tres cosas hay, dice el sabio, que no pueden seguirse con la vista: el vuelo del águila cuando se remonta hasta las nubes, la carrera de la culebra cuando se oculta entre las rocas, y los pliegues del corazon del hombre.

Con el limitado alcance de tus sentidos, con las fuerzas escasas de tu inteligencia no puedes medir la profundidad de ese abismo; de ese corazon, que durante la vida está oculto al exámen nuestro.

El buen criado de hoy puede ser el mal criado de mañana, y acaso aspire un dia á imponerte una dependencia ocasionada á graves daños.

Sé la señora que mandes con dulzura y con justicia, y si bien haciendo á tus sirvientes llevadera su servidumbre, manten con digna firmeza la distancia que la voluntad de Dios ha establecido entre él y tú.

Los amigos, hija mia, los amigos pueden ser igualmente elementos contrarios á la tranquilidad del matrimonio, al prestigio de la sociedad doméstica y á la conservacion de la armonía en la familia.

¡La amistad! Esa afeccion apénas existe, rara vez es sincera, casi nunca sobrevive á las desgracias, á las exigencias de la vida, á las conveniencias mútuas.

Aplicando á su union con el Czar de Rusia las palabras de un pensador de la antigua Grecia, dijo Napoleon: la amistad de un hombre digno es un dón del cielo.

No prodiga la Divinidad ese dón—¡Cuántos terminan su peregrinacion en la tierra sin haber hallado un amigo verdadero!

La amistad es efecto del ejercicio de aquella virtud cristiana que llamamos caridad.

Afectuosa sin lisonja, reprende sin acritud; fiel sin la ceguedad de la pasion, ayuda en las adversidades y consuela en los dolores; indulgente sin prevencion obstinada, excusa y oculta las faltas que desea no ver repetidas; no aplaude exagerando, ni censura contribuyendo al descrédito de la persona lastimada.

Adulteradas hoy casi todas las nociones de lo justo y de lo injusto; aplicadas erróneamente las palabras que entrañan nobles sentimientos, al ejemplo de lo que con otras cosas sucede, se da el nombre de amigo al que se introduce en nuestra casa, investiga nuestros actos, escudriña nuestros pensamientos, se inmisce en nuestra existencia, se apodera de nuestros secretos é invade nuestro hogar, para hacernos pasto de su crítica, para convertirnos en motivo de sus conversaciones, para publicar nuestros defectos y para minar nuestra reputacion miéntras nos adormece con sus protestas de afecto y de interes.

Llegue la hora del infortunio: que la pobreza ó la decadencia visite nuestra casa; esos amigos vulgares se alejan, evitan encontrarnos, y cuando más, si vienen á nuestro lado, es para acrecer nuestros dolores con amargas frases, inculpándonos de los contratiempos que nos agobian.

Así los amigos de Job, el justo, le abrumaron con sus censuras en su ruina y soledad, cuando debian derramar sobre su alma lacerada el bálsamo del consuelo.

Así los amigos de David le abandonaron al verle abatido por la desgracia.

Viste la armadura de los precavidos, acoge sin aspereza á cuantos se te acerquen, pero escribe en tu alma, á la entrada de tu vida íntima, en la puerta del templo de tu familia, aquella frase que los sacerdotes de Isis colocaron en el santuario de esa diosa del paganismo: *Los profanos no entran aquí*.

En la eleccion de las personas con quienes te presentes en el mundo ó que frecuenten tu casa, sé muy cauta.

La mala reputacion de un individuo es como la lepra de los antiguos; se comunica á los que tienen junto á sí á un atacado de esa terrible enfermedad.

Las ideas perniciosas de una persona son como el veneno del manzanillo, que hace nocivo el aire que le rodea y emponzoña al que se aproxima á esa planta y aspira sus emanaciones deletéreas.

Más de un matrimonio tranquilo ha visto destruida su felicidad por la imprudencia, ya que no por la maldad de esos llamados amigos.

Hay un peligro para la mujer en esas amistades estrechas que á cada paso encuentra: el de que la indulgencia en el trato, de dia en dia sin sentirse mayor, lleve á los hombres á olvidar los respetos que debe á una casada, y á las amigas á traducir como deslices las más inocentes ligerezas.

Acuérdate, hija mia, que la esposa es un espejo que la más infundada calumnia puede manchar, y que turbada una vez la confianza del esposo, tarde, mal ó nunca vuelve á reinar la fe en su corazon; y tampoco olvides que *los malos*, ávidos siempre de negar á los virtuosos los títulos al aprecio general, desgarran sin piedad la honra de los que no son perversos como ellos, buscando una excusa para sus faltas en las que exageran y propalan de los buenos.

Los deberes sociales y las máximas del Evangelio mandan ser afables y atentos con los demas, pero la prudencia y las lecciones del gran libro, la Biblia, nos advierten que el amigo verdadero es Dios.

No por eso falta en la existencia algun sér que obedezca á ese santo afecto; mas es la perla sin tacha, de gran valor, de forma perfecta, de color puro del cielo, que ocultan dos conchas en el lecho del mar.—¡Dichoso el que la encuentra, y más dichoso el que sabe conservarla!

Sé por tu parte la amiga cristiana para tus prójimos; pero no entregues tu corazon, ni con candidez juzgues tal á todos.

Espera los instantes de experiencia, y depurado su afecto en el crisol de las pruebas, decide entónces.

Si otra cosa hicieres, lamentarás despues tu error y acaso sea tarde el escarmiento.

Ten siempre en tu memoria las palabras del Divino Maestro á los Apóstoles:

Sed cautos como la serpiente.

GREGORIA URBINA Y MIRANDA.

(1877.)

TRANSFIGURACION (1).

Á MI QUERIDO AMIGO EL JÓVEN POETA D. JUAN A. CAVESTANY.

—Niña, que ayer charlabas y reias,
¿Por qué tan triste y tan despacio vas?
¿Por qué no cantas como en otros dias?
¿Por qué llorando estás?

¡Cuánta mudanza en tu semblante advierto!
Dime, ¿qué causa tiene tu dolor?
¿Te han reñido? ¿Tu madre acaso ha muerto?
—No es eso, no, señor.

—Entónces, ¿qué pesar tu rostro altera?
¿Por qué lloras?—Yo misma no lo sé.
—Y ¿cómo no?—¡Si recordar pudiera
Lo que anoche soñé!.....

—¿Soñaste?.....—Mil imágenes de gloria
Vi en sueños; ¡eran ángeles quizás!
Pero ¿por qué, Dios mio, mi memoria
No se acuerda de más?

¿Qué habré soñado? Pienso, y ¡suerte impía!
En vano estoy pensando: no lo sé;
Sé sólo que al venir la luz del dia,
Llorando desperté;

Que los juegos me aburren; que ando huyendo
De las alegres niñas de mi edad:
Que murmurando frases que no entiendo,
Busco la soledad;

Que en mis labios ha muerto la sonrisa,
Y que presa de extraña agitacion,
Suspira el triste pecho, y más aprisa
Me late el corazon.

Que al ir á darme un beso de ternura
Mi buena madre, el rostro retiré.
¡Me he vuelto huraña!..... Y lo que más me apura
Es que no sé por qué.

¿Y vos, ¿sabréis quizás por qué hice eso?
Por compasion, decid, ¿lo sabeis vos?
En cambio del secreto os daré un beso.....
¡Besos!..... ¡no, no, por Dios!

Pero ¿no veis cuál corre el llanto impío
Y cómo al par aumenta mi gemir?
Enferma debo estar..... ¡cierto, Dios mio!
¡Si me iré yo á morir!

En mi mano, hace un mes, feliz comia
La tórtola que Juan me regaló;
Pero se puso triste el mejor dia,
Y al cabo se murió.

Mas ¿nada me decís? ¡Qué habré soñado!.....
¡Oh, yo no soy la misma que era ayer!
¡Quizás por otra niña me han cambiado!
—(¡El capullo es ya flor!) ¡Adios, mujer!

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

Osuna, 1877.

CLARA.

I.

En un lindo gabinete de una casa de la calle del Arenal encontrábase una mujer, ó dama, encantadora; contaria acaso la edad de veinte y seis años, pero su rostro aparentaba á lo más veinte primaveras. Morena, de preciosos ojos rasgados, fisonomía encantadora y figura esbelta y elegante, ocultaba la perfeccion de su talle entre los pliegues de una ancha bata de terciopelo granate con ricas pasamanerías negras. Sentada en una butaca, teniendo sobre las rodillas la fina batista, en cuyo bordado se ocupaba, heria nerviosamente con las yemas de sus rosados dedos un álbum, que sobre una mesa colocada á su lado se encontraba. Brillaban sus negros ojos; su frente formaba una ligera arruga, y todas las señales de una viva irritacion se descubrian en ella.

En pié y delante de aquella dama encontrábase otra jóven en cuyo traje se descubria la camarera; no era fea, pero tampoco podia preciarse de hermosa: escuchaba con indiferente atencion las palabras de su ama, que la reñia por haber quebrado un jarron de porcelana que tenia en mucho aprecio.

—No puedo sufrirte, le decia; eres lo más torpe que Dios crió. ¡Romper aquel jarron, último regalo de mi difunto marido! No puedo perdonártelo jamas. Busca otra señora; quedas desde ahora despedida.

—Está bien, respondió la camarera, y su voz dejaba percibir una ligera emocion: me iré: por cierto no esperaba á que V. me despidiera para buscar una casa mejor.

—Calla; no me incomodes más.

—Lo haré.

Dirigióse entónces hácia la puerta, puso la mano en el portier y se detuvo; volvióse hácia su ama y suavizando su acento, dijo:

(1) Del libro en prensa titulado *Auroras y Nubes*.

—Espero, señorita, que dará V. buenos informes de mi conducta; una señora, segun ayer me prometió, vendrá hoy por ellos.

Miró la viuda con sorpresa á su doncella y le preguntó:

—¿Buscabas ya nuevos amos?

—¡Oh! sí; yo no puedo vivir en esta casa.

—¿Por qué?

—¿Por qué?..... La razon es muy sencilla: corre en ella peligro mi virtud.

—¡Tu virtud! exclamó con tono semi-burlon, semi-serio el ama.

—Sí, señorita: una no puede ménos que ruborizarse al escuchar las palabras que la dirigen los caballeros que visitan á V.; porque como una no es fea..... terminó bajando modestamente los ojos y cogiéndose el delantal con coquetería.

—¡Presumida!..... murmuró la viuda.

—¡Oh! no lo soy; buena prueba es de ello lo que me pasó ayer con D. Cárlos.

—¡Con D. Cárlos! exclamó vivamente el ama.

—Sí, señorita, continuó Rosa alejándose de la puerta y volviendo junto á su señora: me encontró en la antesala, me detuvo y me dijo: «¿sabes, Rosa, que eres bella?» Yo..... la verdad, me ruboricé y no supe qué contestar: entónces añadió que era breve mi pié, delicada mi cintura, hermosos mis ojos, y otras muchas frases que no recuerdo. Como una no está acostumbrada á oir tales frases de boca de un caballero tan fino y galante, no sabia qué responderle: notó él mi silencio, me cogió la mano, y atrayéndome á sí.....

—¿Qué hizo? preguntó vivamente la viuda al ver que Rosa se detenia.

—¡Me abrazó! entónces huí rápidamente..... él quedóse riendo..... riendo; ¡á mí me dió una vergüenza!.....

—¡Vaya, la inocente! Necia soy en escuchar tus majaderías: déjame.

Retiróse la camarera: la viuda quedó sola en el elegante gabinete, y con notable ira estrujó entre sus dedos la blanca batista del bordado.

II.

Al pasar Rosa, la camarera, por la antecámara, apareció por la puerta opuesta un caballero de treinta años de edad, largas patillas, más bien delgado que grueso, vestido á la última moda, y que no era otro que don Cárlos Lopez, agente de Bolsa de la coronada villa. Al ver á la cámarera detúvose un momento, adelantóse luégo hácia ella, y con un acento en el que se descubria á la legua su orígen andaluz, exclamó:

—Dios guarde á la más donosa doncella de Madrid.

Sin responderle más que con un ligero saludo retirábase Rosa, pero se detuvo al oir las siguientes palabras:

—Detente, hermosa criatura, y no te alejes tan pronto; deja que contemple un instante tu rostro hermoso. No te pusieron al bautizarte el nombre de Rosa sin acertar los padrinos, ya que robaste á la de Jericó el color de los labios, á las blancas la nitidez de tu frente, y á la de Esmirna el rubor de tus mejillas.

—Señorito, calle V. por Dios; si le oyese D.ª Clara, repuso Rosa con ruboroso acento.

—Me dejaria tranquilo si lo supiese, contestó Lopez bajando la voz, con lo que desmentia sus palabras.

—Si V. la pretende.....

—No es cierto: la amo, eso sí, pero tambien te adoro.

—Le creí más constante.

—¿Constante?..... Jamas lo fuí.

—¡Vaya un marido que tendrá en V. la señorita!

—¡Marido!..... Calla por Dios; no pronuncies tal nombre: al oirlo me espanto.....

—¡Qué! ¿no quiere V. casarse con D.ª Clara?

—¡Yo casarme!..... jamas. Y un profundo suspiro se escapó del pecho del agente de Bolsa.

—Y ¿por qué? preguntó la camarera con asombro.

—¿Por qué?..... nada te importa: anuncia mi llegada y toma por tus indiscretas preguntas un abrazo. Y sin dar tiempo á que Rosa se apartára, abrazóla por dos veces, hasta que pudo escabullirse la jóven, cruzar el salon y dirigirse al gabinete en que se hallaba su ama: cuando llegó á él levantó el portier y anunció:

—¡Don Cárlos Lopez!

Al oir este nombre la viuda se serenó: dejó el bordado, levantóse, miróse al espejo, sonrió satisfecha y adelantóse hácia la puerta, al mismo tiempo que por ella entraba el agente de Bolsa; saludó éste cortésmente y sentóse en la butaca que Clara le indicaba, al mismo tiempo que ocupaba de nuevo aquella en que estaba sentada al anunciar á Lopez.

—Feliz soy, señora, al tener la dicha de encontrarla á V. sola, sin la compañía del Sr. de Albaida.

—¿Por qué? Don Salustiano es un antiguo amigo de mi difunto esposo, y me favorece, como V., con sus visitas.

—Nosotros somos los favorecidos, cuando, como yo hoy, podemos penetrar hasta el sagrado gabinete de la diosa de esta morada.

—Vamos, Sr. de Lopez, no necesita V. tanto para ser feliz, repuso riendo Clara.

—No diga V. eso, señora, no es cierto.

—Al contrario, me consta que encuentra V. la dicha, no en el sagrado gabinete, sino en las antecámaras del templo.

—No comprendo.....

—A ménos que, para V., la diosa de esta morada ocupe en ella el rango de..... camarera.

—Ahora la comprendo: ¿alude V. á Rosa?

—Sí: ella misma me ha contado que ayer.....

—¿Y es posible, hermosa Clara, que haya V., tan discreta, dado oidos á las habladurías de una doncella?

—Lo afirmó con tanto aplomo, que la creí.

—Nunca yo lo creyera, y á no decírmelo V. misma desmentiria á quien me lo afirmára. ¿Ignora V. por ventura que la adoro hasta el delirio? ¿Cómo pudiera encontrar la felicidad que gozo á su lado en otra diversa compañía? Si el mirarle junto á mí es, querida Clara, para mi alma disfrutar anticipadamente del paraíso, ¿cómo puede V. suponer que quiera trocar sus delicias con el tranquilo limbo de la compañía de Rosa? Usted sabe, querida Clara, que es verdad cuanto la digo; conoce la pasion que abrasa mi alma, porque repetidas veces se la he descrito; ¿á qué reiterar tales explicaciones? Pero yo, Clara; yo, que vivo de su vida, que gozo con su alegría y aliento del aire que respira; yo, que la amo como nadie la amó jamas, no he podido conseguir de esos labios, envidia de la flor del granado, una palabra que complete mi felicidad: dígala usted ahora, pronúnciela, y llegue para mi constancia la hora del premio. ¡Oh! Clara, responda V. á mi cariño y diga que.....

—¡Don Salustiano de Albaida!, anunció en voz alta Rosa levantando el portier, interrumpiendo al agente en lo mejor de su peroracion y retirándose luégo.

Por aquella misma puerta entró D. Salustiano.

Era el recien llegado un comandante de artillería, grueso, de cuarenta años, ni feo ni guapo, más bien alto que bajo, de cejas unidas y arqueadas y ojos brillantes.

Su presencia en el gabinete produjo un ligero mohin de enfado en la viuda, y una fuerte interjeccion pronunciada en voz baja por el agente: mohin é interjeccion que Albaida aparentó no ver ni oir.

Saludó el recien llegado á Clara alargándole la mano, y al agente con una simple inclinacion de cabeza bastante brusca: comenzóse y siguió entónces una conversacion indiferente y monótona, á la que puso fin Lopez prontamente levantándose y saliendo de aquel gabinete, maldiciendo interiormente al comandante y á su inoportunidad.

III.

Pocos momentos despues de haber entrado D. Salustiano llamó á la puerta de la viuda una señora jóven, de veinte á veintidos años, rubia, ojos negros, hermosa, y que vestia con gusto y elegancia: preguntó por doña Clara, y Rosa la acompañó hasta un saloncito, diciéndole que iba á avisar á su ama.

Permaneció un momento sola la recien llegada hasta que por una de las puertas que comunicaba con el interior de la casa entró un caballero: al verle la jóven hizo un ligero movimiento de sorpresa y exclamó con natural asombro:

—¡Cárlos!.....

El agente, pues que él era, al oir pronunciado su nombre por una voz que harto conocia, volvióse rápidamente hácia aquella dama y murmuró aterrado:

—¡Teresa!.....

Repúsose prontamente y preguntó:

—¿A qué has venido á esta casa?

A tomar informes de una doncella. Pero ¿y tú? ¿por qué te encuentras en la casa de una mujer jóven, viuda y hermosa, segun dicen?

—Yo..... soy su agente.

—¿Negocia?, preguntó la jóven con acento en que se traslucia la duda.

—Sí, juega á la Bolsa: yo..... pues..... adios.

Y se dirigió rápidamente hácia la puerta, levantó la cortina y se disponia á retirarse, cuando le detuvo la voz de Teresa, diciéndole:

—Espera un instante, nos irémos juntos: ¡hace tanto tiempo que no he tenido ese placer!..... y un suspiro se escapó del pecho de la jóven.

—No puede ser, lo siento mucho: he de ir aún á dos casas más, y ya ves tú, querida amiga, que siendo tan tarde.....

Cárlos, al decir estas palabras, se embrollaba.

Una sospecha nació en el pecho de Teresa; sospecha que hizo se levantára la jóven del sofá, y, encaminándose á Lopez, exclamára:

—¡Cárlos, tú me engañas! ¡Tú cortejas á la viuda!

—¡Yo!

—Tú, sí. ¡No vienes á esta casa por negocios, no se ocupa directamente de ellos una mujer jóven, hermosa y elegante! ¡Oh! yo lo sabré..... ¡Ya viene.... ahora la conoceré!

Efectivamente se percibia el rumor producido por el traje de la viuda. Al oirlo Cárlos lanzóse hácia la antecámara, dejando caer tras de sus pasos la cortina y murmurando con acento apénas perceptible:

—No puedo detenerme, adios.

Al mismo tiempo entraban por la puerta situada en el lado opuesto del saloncito Clara y D. Salustiano: la primera se adelantó hácia Teresa, y ambas se saludaron ceremoniosamente. La hermosa rubia devoraba con los ojos á la bella morena, y reconocia con lealtad que la espléndida hermosura de la dueña de la casa atraia y sojuzgaba.

Sentáronse ambas en el sofá, y D. Salustiano en la butaca sita al lado de Clara: ésta comenzó la conversacion diciendo:

—Siento mucho el que haya tenido V. que aguardar, pero la doncella ha tardado en avisarme.

—No tiene V. necesidad de disculparse, señora; con mayoría de razon cuando no he estado sola, sino que me ha acompañado algunos instantes Cárlos.

—¡Ah! ¿conoce V. á D. Cárlos de Lopez?

—Mucho: no sabia que frecuentára esta casa.

—Algunas veces me honra con sus visitas, añadió la viuda.

—¡Ojalá se rompiera el alma! exclamó Albaida.

—¿Qué dice V.? prorumpió admirada Teresa.

—Nada, señora; D. Salustiano de Albaida, el señor, es militar y cualquier cosa le exalta.

—¡Ah, ya! ¿El hablar de Cárlos cáusale enfado?

—Y mucho, contestó el comandante. ¡Cuántas veces he deseado que le partiera una bala de cañon, ó una bomba le aplastase!

—¡Jesus! ¿Pero por qué causa?.....

—No haga V. caso de sus palabras, interrumpió Clara: el señor tiene buen fondo, y su carácter tan brusco es sólo apariencia: pronto se calman sus arranques.

Y luégo, dando otro rumbo á la conversacion, continuó:

—Ya sé por Rosa el objeto de su agradable visita: la chica es buena, hacendosa, pero para mí tiene el defecto de ser un poco tonta.

—¡Sándia! murmuró Albaida; pero una mirada de Clara le hizo comprender la impertinencia de aquella interrupcion.

—Si no tiene otro defecto, contestó Teresa, quien se encontraba violenta desde que Clara desviára la conversacion, me quedaré con ella: mil gracias, señora.

Púsose en pié y despidióse de la viuda, saludó al señor de Albaida, y dejándose el manguito sobre el sofá se dirigió á la antesala, acompañada por la dueña de la casa.

Teresa salió de aquella casa, en la que entrára con el corazon tranquilo, presa de una nerviosa agitacion que no podia ocultar; agitacion que hubiera aumentado si, fijando los ojos en una cercana escalerilla, hubiese reparado en un caballero que la observaba; pero tanta era su preocupacion, que nada veia, nada observaba, y no notó la falta de su manguito hasta que, habiendo seguido por la Puerta del Sol, entraba en la calle de Alcalá.

MARÍA DEL CÁRMEN C.

(Se concluirá.)



París, 24 de Febrero.

Bailes oficiales y fiestas particulares han quedado aplazados de resultas de la muerte de S. S. Pío IX. Las damas del faubourg Saint Germain y del faubourg Saint Honoré han llevado el luto del Papa por espacio de quince dias, usando vestidos negros, sencillos ó lujosos, con una rosa blanca en el pecho, casi escondida entre encajes negros, y guantes negros largos cuando el vestido era escotado.

Este luto de córte, que no reviste la severidad del luto de familia, ha sido un triunfo para las rubias. Joyas de azabache en cabellos color de trigo; crespon negro sobre espaldas alabastrinas, prestan un doble encanto á la belleza.

Con tal motivo han vuelto á salir á luz los vestidos de encaje negro, los volantes de Chantilly dispuestos á la española, la blonda negra y hasta las guipures. La moda del vestido *Doña Sol* se ha confirmado en esta quincena. El vestido *Doña Sol* es esencialmente negro. La cola lisa de brocado, raso ó terciopelo de Génova, deja ver un delantero de raso guarnecido de cocas, dispuestas como fleco por encima de volantes de encaje bordado de oro y plata. Cuando se quiere dar más severidad al vestido, se borda el encaje con abalorios azules y plata.

Pueden emplearse para el vestido *Doña Sol* volantes de Chantilly, y reemplazar las cocas de raso con un fleco de felpilla y azabache. El corpiño tiene la forma castellana. Si es alto, se le rodea de una gola; si es abierto, lleva en el cuello un encaje negro, que forma abanico, estilo Renacimiento. Puede hacérsele tambien escotado.

Voy á describir un traje de luto, de los más elegantes que se han lucido en esta ocasion. Mis lectoras podrán aprovecharlo con las modificaciones convenientes para los conciertos sacros de la próxima Cuaresma y para los dias de Semana Santa.

El traje á que me refiero era de faya y gasa lisa y brochada. La falda, de faya negra, iba enteramente cubierta de gasa, que producia un efecto admirable. Tres bandas de gasa lisa, enteramente bullonada sobre la seda, formaban un delantal, cuyo sesgo caprichoso iba á reunirse con la cola por detras. Entre cada banda, un volante de encaje negro de 6 centímetros de alto, sobre el cual corria un galoncillo diminuto de cuentas de azabache. Un ancho rizado *á la vieille* guarnecia toda la parte inferior del vestido, cuyo rizado formaba pliegues en medio. La cabeza iba vuelta con un punto de trecho en trecho. Por detras, la gasa brochada caia en dos paños guarnecidos de encaje negro y de un galoncillo de azabache. Estos dos paños iban plegados, recogidos y bullonados sobre la persona misma, para darles todos los contornos del talle y de las caderas. Un lazo grande de faya ó de raso estrecho reune los pliegues de la cola, que se abren en forma de *cola de sirena*, esto es, ni puntiaguda ni redonda. Esta forma es mucho más graciosa que la cola cuadrada.

El corpiño, separado del vestido, tenia aldeta, recortada por detras, é iba cerrado por delante con un medio cinturon, guarnecido de una hebilla de diamantes imitados. Alto por detras, este corpiño iba escotado en óvalo bastante bajo y plegado á lo largo del pecho. Esta forma, llamada *à la vierge*, sienta muy bien, pero exige una semi-camiseta, negra ó blanca, por la parte interior. Las mangas, á la aldeana, llegan sólo hasta el codo. Puede hacérselas claras ó forradas de seda, yendo guarnecidas con un rizado y un encaje negro de 3 ó 4 centímetros.

He descrito este traje con toda minuciosidad, porque me parece sencillo, fácil de ejecutar y de un bonito modelo.

A propósito de guantes negros largos, he oido discutir últimamente si debian llevarse con vestidos claros ó sólo con los negros. Para teatro, sobre todo, se llevan con ambos indistintamente. Pero en mi opinion, el guante largo negro no es nada bonito con un vestido claro. Con un vestido negro y los brazos desnudos, es otra cosa. A fin de que no parezca demasiado luto, se pone la pulsera de oro por encima del guante. Basta con un detalle de este género para hacer un traje original ú ordinario. Todo consiste en la manera de llevarlo.

No pocas señoras jóvenes han aclarado el luto pasada la primera semana, y han sacado vestidos blancos. El vestido á la griega, con peto bordado de plata, posee una elegancia muy poética. Con este vestido llévase la corona de narcisos blancos ó la corona de lilas blancas.

Terminaré con la descripcion de una *toilette* de suprema distincion.

Vestido de *barége* blanco, con cola plegada anudada por medio de cintas blancas estrechas. El delantero del vestido va guarnecido de flecos de plumas de felpilla. Nada más brillante que este nuevo fleco, que, con el esplendor de la felpilla reproduce la ligereza de la pluma desgarrada. Estos flecos van dispuestos en escala. Frac de terciopelo de Génova, que representa capullos de rosa sobre un fondo de raso. Banda plegada de raso blanco en torno del escote cuadrado. Mangas y aldetas con vueltas de raso.

Un pintor célebre decia que no era posible imaginarse nada más bello que un retrato de mujer en el traje que acabo de describir, á causa de la oposicion de los blancos. En efecto, existian en el traje siete matices diferentes, todos del mismo color.

V. DE CASTELFIDO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.591.

Traje de convite. Falda de faya color salmon. El corpiño, abierto en cuadro, se completa con peto alto, en punta, hecho de felpa rizada azul celeste. Este corpiño se continúa en forma de túnica, ribeteada de una tira de la misma felpa. Mangas de color salmon, que sólo llegan hasta el codo, con peto de la misma felpa. En el borde inferior de la falda, volante tableado; por encima, una guarnicion de la misma faya, y por encima de esta guarnicion, un adorno de felpa. El peto y la túnica van guarnecidos de un encaje blanco, al *punto de aguja*. La espalda, de forma princesa, termina en una cola larga.

Traje de visita. Vestido de raso gris pizarra y faya del mismo color. El delantero de la falda va formado con anchos bieses de raso, separados por bieses de faya. Corpiño en forma de chaqueta Luis XV en los costados, y fijado por detras con un cinturon de hebilla. Mangas de raso. Todos los contornos van guarnecidos de un rizado de faya.

El Suplemento de este número corresponde sólo á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edicion.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Los productos de perfumería tienen tal importancia, que es menester adquirirlos siempre en los establecimientos principales que más se distingan por la perfeccion de su trabajo.

Bajo este concepto, la casa *Guerlain* es de las primeras, y por eso todas sus preparaciones son buscadas con interes por las más elegantes damas y por los hombres de mundo: hállase en dicha casa *Guerlain*, rue de la Paix, 15, en Paris, una variedad escogida de aguas de *toilette*, que dan al cútis la finura, el colorido y la satinacion inherentes á la juventud, y le impregnan de un aroma deleitoso. El *Agua de Judea*, el *Agua de Guerlain* y el *Agua de Chypre*, perfumadas con esencias suaves y agradables, son de uso excelente, y la elegancia verdadera no puede prescindir de ciertos jabones de la misma casa, como el llamado de *Blanco de ballena*, de pasta fina y untuosa y saturado de perfume de rosas blancas, ni de la crema fria con base de fresas, el polvo de cisne, esencias para el pañuelo, etc.,—preparaciones adoptadas por la alta sociedad parisiense.

La casa *Guerlain* tiene productos especiales para cada estacion: los cuerpos crasos y untuosos preservan la piel, en invierno, de rugosidades y granulaciones, y los vinagrillos y aguas de *toilette*, en verano, la fortifican y la embalsaman.

PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

En esta época de *soirées*, bailes y reuniones que son propias de la temporada de Carnaval, conviene llamar la atencion hácia las buenas faldas de tela de várias clases que posee la casa DE PLUMENT, 33, rue Vivienne, en Paris.

Debe citarse en primer lugar un magnífico modelo, en percal, con cola cuadrada y larga: esta falda, perfectamente plana por delante y á los costados, está montada en un ancho cinturon de coraza, que encierra el talle y desciende por detras en forma cuadrada, como una larga banda, abotonada al medio. La cola que sigue á esta banda aparece cubierta de volantes, y la falda en conjunto ofrece una cómoda *tournure* para los trajes, cuya cola hace resaltar admirablemente.

Tambien se debe citar la inimitable falda llamada en Paris de *traine balayeuse cablée*, creada recientemente por la casa DE PLUMENT, y sin la cual no pueden pasarse las mujeres que una vez la experimentan. Mide unos 75 centímetros de altura; sus bordes están guarnecidos de cinco gruesas tiras, y el bajo aparece revestido de un plegado *balayeuse*, de cuatro metros de longitud, que se añade al mismo bajo del traje.

Si muchas personas experimentan un alivio incompleto con las diferentes preparaciones de *alquitran*, esto consiste en que los órganos respiratorios, casi obstruidos por espesas mucosidades, no tienen la energía necesaria para desprenderse de ellas: sólo el *hierro* puede darles el vigor indispensable para expelerlas, y para absorber por completo los principios balsámicos del alquitran.

Por esta razon las CÁPSULAS DUREL DE ALQUITRAN FERRUGINOSO se prescriben con éxito seguro contra todas las afecciones de las vias respiratorias, la tos, la bronquitis, el catarro, el asma, etc.

Ademas, en las CÁPSULAS DUREL, el *alquitran* favorece al apetito y asegura la digestion, al mismo tiempo que el *hierro* restituye á la sangre toda su riqueza, sin ocasionar, como otros ferruginosos, la constipacion; de manera que dichas CÁPSULAS ofrecen grandes ventajas para la curacion de la *clorósis*, *anemia*, etc., etc.

Las cápsulas Durel se venden en frascos de 60 cápsulas, en Paris, 7, boulevard Denain, al precio de francos 2,50 el frasco.

LA VIDA PROLONGADA.—*El Hierro Bravais* (Ferdialysé) cura radicalmente: *Anemia*, *Clorosis*, *Debilidad*, *Pérdidas*, etc.—13, rue Lafayette, en Paris.—Se remite franco el folleto.

SOLUCIONES AL SALTO DE CABALLO

DEL NÚM. 3.

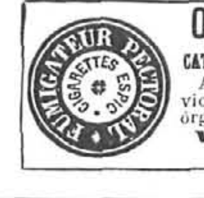
Despues de las publicadas en el núm. 6, las hemos recibido de las Sras. y Srtas. D.ª Mercedes Vereal.— D.ª Antonia Diaz Varela.— D.ª Amelia Yañez Llorente.— D.ª Antonia Cautina.—D.ª Emilia Nieto y Nieto.—D. Juan Cusa y Vives.

GEROGLÍFICO.



La solucion en uno de los próximos números.











MADRID.—Imprenta y Estereotipia de Aribau y C.ª, sucesores de Rivadeneyra.
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12 pral

MADRID